SECCIÓN SEGUNDA

Parte egipcíaca del Pentateuco.

El Pentateuco se divide en cuatro partes:

1.ª La parte patriarcal;

2.ª La parte egipcíaca;

3.ª Las relaciones del desierto;

4.ª El resúmen de las Leyes religiosas y civiles.

La parte *Patriarcal* comprende los capítulos I á XXXVIII del Génesis. Está redactada por Moisés, bajo la inspiración de Dios, con tradiciones orales, y muy probablemente escritas, que había recibido de los Patriarcas.

La parte *egipcíaca* comprende el final del Génesis y concluye en el capítulo XV del Exodo, en el cual Moisés celebra, en un canto renombrado, la terminación del cautiverio del pueblo israelita.

La relación de los hechos del desierto que se comprenden al final del Exodo, en los Números y en el Levítico, constituyen, por decirlo así, el

Diario de Moisés al través del desierto (1), diario en el cual se encuentran mezclados: leyes, hechos, quejas, milagros, avisos al pueblo, etc.

La cuarta parte comprende el Deuteronomio, que es el resumen metódico de los preceptos divinos y del culto que se ha de tributar á Iaveh.

La parte egipcíaca es la única que nos interesa por ahora, y espero demostrar claramente, siguiendo la narración de Moisés, desde el capítulo XXXIX del Génesis hasta el XV del Exodo, que la egiptología nos presta auxilio poderoso para probar que Moisés, y sólo Moisés, puede ser autor de aquellas páginas.

Lo escrito por el autor del Pentateuco relativamente á Egipto se divide en tres artículos:

1.° Historia de José; 2.° Persecución de los israelitas; 3.° Fin del cautiverio.

ARTÍCULO I.

HISTORIA DE JOSÉ

§ I.

José es vendido á Putifar.

«José, dice Moisés, fué conducido á Egipto, y le compró Putifar, egipcio, eunuco de Faraón,

(1) *Vigouroux*, Liv. Saints et crit. rationaliste, t. III, 2.ª edic., pág. 80.

jefe del ejército egipcíaco, de manos de los ismaelitas, que le habían llevado (1).» En el texto original hebreo, el color de este versículo es todo egipcíaco, y los papiros y monumentos están de acuerdo para mostrarnos al natural las patéticas escenas narradas por Moisés.

Las cisternas sin agua, construidas en la roca (2); las caravanas madianitas (3); los camellos ricamente cargados que llevan hoy todavía á Egipto los perfumes y aromas cuyo nombre consigna Moisés (4); el comercio de los esclavos, deseados con pasión por los grandes del Estado (5) (según nos dice un papiro greco-egipcíaco publicado por Letronne), son otros tantos rasgos que ilustran la narración de Moisés.

---

(1) Gén. XXXIX, 1.

(2) En Dotaín (Gén. XXXVII, 17). Hay aún numerosas cisternas abiertas en la roca.

(3) «On doit aller en Egypte, dit M. Ebers, pour retrouver ces traces mortes ou figées d'une race depuis longtemps disparue. Il faut y voir les enfants d'Ismaël, à la peau brunie, qui conduisent de l'Orient en Egypte des chameaux richement chargés, si l'on désire observer sous une forme vivante quelque chose de la vie antique.» (Vigouroux, Bible et Déc. mod. t. II, pág. 12.

(4) Gén. XXXVII, 25, «aromas, bálsamo y myrrha destilada.»

(5) « De tous temps, les Egyptiens ont tenu en une singulière estime les services des esclaves sémites... Les caravanes importaient, pour les bazars de Memphis ou de Thèbes, des esclaves de choix, des sujets rares, véritables objets de luxe.» *J. Soury,* Rev. des Deux-Mondes, Fév. 1875.

«José fué comprado por Putifar, jefe de los eunucos (1).»

ויקנהו פוטיפר סריס פרעה שר הטבחים

El nombre de Putifar, común en Egipto, significaba, según Rosellini, *consagrado á Phra* (Ra), ó al dios *Sol*, y su verdadera forma era *Peti-pa-Ra*. Este nombre, enteramente egipcíaco, ha sido encontrado por Champollion en el papiro *Cailliaud*, y Moisés nos ha conservado su transcripción jeroglífica.

El título que le da el Génesis de *príncipe de los eunucos*, nos recuerda la presencia, en el palacio de Faraón, de estos esclavos mutilados que las pinturas al fresco de los féretros egipcíacos nos ponen á la vista, y que es tan fácil reconocer por los caracteres especiales que se notan en ellos: ausencia de barba, pecho levantado, gordura que contrasta con la flaqueza ordinaria del egipcio, color particular de la piel, etc... Imposible es, pues, ahora, afirmar, como hace pocos años lo hacían varios racionalistas, que no había entonces eunucos en Egipto.

§ II.

José, intendente de Putifar, es tentado por su dueña.

Cosa curiosa, el texto del Génesis dice que el amo de José, uno de los personajes importan-

---

(1) Gén. XXXIX, 1.

tes de la Corte de Faraón, era *egipcio* (1).

איש מצרי

La egiptología explica esta circunstancia: El monarca que reinaba á la sazón no era un hijo de *Cam*, sino un *semita* de la estirpe de los *Schasu*, que habían conquistado al Egipto. Los reyes de esta nación, conocidos bajo el apellido de *Hicksos* ó *Pastores* (2), escogían naturalmente sus primeros oficiales de entre sus compatriotas, sin excluir enteramente á los egipcios.

La carga de intendente, que José recibió en casa de Putifar, existía en todas las grandes casas, y este oficial llevaba el título de MER-PER, *jefe de la casa*.

Durante el desempeño, por José, de su cargo de intendente, la mujer de Putifar le hizo proposiciones culpables (3). Este episodio de la vida de José ha sido tachado por Bohlen y por Tuch (4) de inverosímil en Egipto, porque si se admite la presencia de eunucos—como lo quiere la Biblia—era entonces imposible al intendente de

(1) Génesis, ibid.

(2) *Hick*, según Manethón, significa *rey* en la lengua sagrada, y *sos* significa *pastor* ó *pastores*, en el idioma vulgar. «C'étaient, dice P. Gaffarel, des bandes formées du ramassis de toutes les tribus errantes de l'Asie... Ils entraînèrent sur leur chemin les nations encore informes qui végétaient dans les déserts ou les montagnes.» *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, pág. 34.

(3) Génesis, XXXIX, 7.

(4) *Vigouroux*. Bible et Déc. mod. t. II, pág. 41.

una casa hablar con la mujer de su amo (1). Sin embargo, la historia de la tentación con que fué probado José en la casa de su amo, está al parecer relatada en la obra de un autor egipcio que la conocía quizás por la tradición. Este autor se propuso entretener con esta novela el príncipe que fué más tarde Seti II, sucesor de Mnephtah. La narración de Moisés es evidentemente histórica; y, si el cuento de *Los dos Hermanos* es fantástico, da al menos una multitud de minuciosidades de la vida doméstica de este tiempo, que confirman la perfecta veracidad de la histo-

(1) Un estudio más profundo de las costumbres egipcias nos enseña lo contrario. Hé aquí las palabras de un egiptólogo racionalista: «Les esclaves, dice J. Soury, entraient dans le gynécée, les mains chargées de fines tuniques brodées aux couleurs éclatantes, de boites à parfums, d'écrins remplis de colliers et de bracelets, de miroirs de bronze et de précieux coffrets aux hiéroglyphes, nous dirions aux armes de la maîtresse de maison. Etendue dans un fauteuil d'ébène incrusté d'ivoire, elle se fait accommoder et habiller par ses femmes: l'une tord ses noirs cheveux en tresses fines et nombreuses, non sans ajouter quelques fausses nattes; une autre couvre ses bras, ses chevilles et sa poitrine d'anneaux, de pierreries et d'amulettes; elle essaye quelques bagues d'or á chatons gravés, choisit les pendants d'oreille qu'elle portera dans la journée, et, tandisqu'on ouvre les étuis à collyre, qu'on délaie dans les cuillers de toilette les divers ingrédients employés à teindre les ongles, les sourcils et les cils, elle écoute vaguement, caressée par le souffle de chasse-mouches, une douce musique de luths, de harpes et de flûtes.» *Etudes historiques sur les religions de l'Asie antérieure*, págs. 166-167.

Tales eran, añade Vigouroux, después de haber citado este trozo, la vida y las ocupaciones de la mujer egipcia: de aquí resultaba una gran corrupción en sus costumbres.

ria escrita por Moisés, y de la cual es probablemente una reminiscencia (1).

La virtud del joven esclavo le llevó á la carcel: tenía entonces unos veinte y ocho años.

§ III.

Interpretación de los sueños del Faraón.

Es sabido que José debió su elevación á la Corte del Faraón al haber explicado unos sueños misteriosos mandados por Dios á sus compañeros de carcel. Su reputación de intérprete había empezado en la carcel por la profecía que hizo á los reales eunucos, al *jefe de los panaderos* y al *copero mayor*.

La fortuna, en efecto, estaba asegurada entonces á los que tenían la reputación de hábiles en interpretar sueños: las novelas llenas de hechicerías (2); los innumerables papiros mágicos; los manuales explicativos de las visiones nocturnas, nos demuestran que la astrología y la magia gozaban de gran predicamento en Egipto, y que los Faraones tenían la costumbre de reunir á los adivinos para consultarles acerca de los sueños que creían de inspiración divina.

(1) Véase Maspero: *Contes populaires de l'ancienne Egypte*, Paris, 1882.

(2) *Ebers*, La hija del Rey de Egipto, t. I, pág. 318, nota 168. Ibidem, t. II, pág. 351, nota 42. Véase la elegante y fiel traducción de D. Gaspar Sentiñon.

Habiéndose mostrado José ser más hábil que dichos adivinos (1) en la interpretación de los dos sueños del rey, mereció ciertamente el honor que le dispensó el Faraón. Sería fácil demostrar por medio de los dibujos que se encuentran en los monumentos coetanéos, que las particularidades de la introducción de José en la Corte del Faraón á que se refieren las Sagradas Escrituras, son poderosos argumentos para hacer patente que el autor de estas narraciones no ignoraba nada acerca las costumbres de la Corte de Tanis (2).

§ IV.

Colocación del collar á José por el Faraón.

Como señal distintiva del poder con que el Faraón revistió á José, se quitó su propio anillo y lo puso en el dedo de éste; le hizo vestir después con vestimentas de lino, y le colgó del cuello un collar de oro.

Todos los grandes personajes egipcios representados en los monumentos se ven condecorados con el collar (3), dice Vigouroux. Es curioso

(1) Génesis, XLI, 8, 25.

(2) *Vigouroux*, ibid. Lib. III, cap. VI y VII, con varias representaciones de monumentos.

(3) Existe en el museo del *Louvre* una *estela* representando al Faraón Mnephtah, mientras asiste á la *colocación del collar* con que ha condecorado á su ministro Horkhem.

que en esto, lo mismo que en otras muchas particularidades, hayan alegado los racionalistas, ántes de los descubrimientos de la egiptología, como prueba de la falta de autenticidad del Pentateuco, las circunstancias más característicamente egipcíacas de la narración del mismo. Nos será, pues, permitido concluir que si los sabios más hábiles de Alemania se han engañado tan groseramente en el presente siglo al atacar esta parte del Génesis, hubiera sido imposible á toda persona que no fuera Moisés, referir, algunos siglos después, y en país diferente, historias llenas de tantas minuciosidades, hablando sin ninguna pretensión arqueológica y con la exactitud de un hombre que describe las cosas que ha visto (1).

El racionalista Bohlen dice desdeñosamente acerca de la colocación del collar á José: «*Apenas si es necesario que hagamos notar que estos objetos de lujo, particularmente las piedras cortadas, pertenecen á una época posterior á la de Moisés.*» Jamás recibió la incredulidad mentís más humillante: á nuestra presencia están los testigos que deponen en defensa de la Biblia.

A propósito de una visita hecha al museo de Bulaq, cerca del Cairo (2), Le Camus se expresa en estos términos: «La platería ha sido un

(1) Más abajo léese en el artículo III, § V, una cita de Hengstenberg.

(2) El Domingo, 27 de Febrero de 1888.

arte precoz en casi todos los pueblos, y lo fabricado hace más de tres mil años no desmerecería en los cofrecitos de los plateros actuales de París: brazaletes perfectamente trabajados, sobre los cuales se ostentan figuritas grabadas en vidrio azul; una cadena de oro de la que pende un delicioso escarabajo; una rica diadema; anillos, alfileres y mil pequeños objetos de los que se encuentran en los tocadores de las señoras; todo construido en oro, marfil y piedras preciosas, llenan de admiración á los visitantes. La reina Ahotpu, en tiempo de los *Reyes Pastores*, (quizá á la vista de José y de los hijos de Jacob) se adornó con estas joyas que se han encontrado casi todas en su sarcófago (1). Aquella reina Ahotpu, ó mejor Aah-Hotep (2), de quien tanto se admiran las joyas (3), era madre de Ahmés I, el faraón que rechazó á los Hicksos.

(1) *Le Camus*, Notre voyage aux pays bibliques; Paris, 1890, t. I, pág. 41.

(2) Según *A. Mariette, Lenormant, Fontane* y otros.

(3) «Ni la Grèce, ni l'Etrurie, n'ont fourni, en fait de bijoux, rien qui soit, pour la grandeur du style, pour l'élégance et la pureté des formes, pour la perfection du travail, supérieur à ces bijoux de la reine Aah-Hotep.» *F. Lenormant*, Les prem. civil., t. I, pág. 248. «Les bijoux de la reine Aah-Hotep sont les œuvres d'art principales de cette époque (XVIIIe dynastie). Ce sont des bracelets ornés de perles d'or, de lapis, de turquoise et de cornaline; des poignards à lame d'or ou d'argent; une hache au tranchant d'or massif; des flacons, des anneaux, des figurines où l'on chercherait en vain une faute de goût.» *M. Fontane*, Les Egyptes, pág. 291.

§ V.

Otras costumbres egipcíacas indicadas en el Génesis.

En un trabajo tan breve como ha de ser el presente, fuerza es abandonar algunos datos cuya suma utilidad nos es preciso, sin embargo, indicar, siquiera en demostración del carácter completamente egipcíaco de la historia de José.

El heraldo que precedia al carro del hijo de Jacob (1), pronunciaba la fórmula ordinaria:

אברך

Sabemos ahora, por los papiros, que esta palabra tiene que traducirse *inclinar la cabeza*, y no *arrodillarse*, como todos los comentadores interpretaban, ántes de los descubrimientos egiptológicos. Nos damos cuenta, así, que el autor del Pentateuco no había hecho otra cosa que insertar en su relación la misma palabra egipcíaca.

A propósito del casamiento que el Faraón *Apapi* hace contratar á José con *Asenath*, hija de Putifar, sacerdote de *On*, notamos que el nombre de aquella joven es típicamente egipcíaco, significando *que pertenece á Neith* (2), la diosa de Menfis.

(1) Gen., XLI, 43.
(2) *M. Fontane*, Les Egyptes, 419-421.

La venida de los hermanos de José á Egipto no es un hecho raro, como dicen los racionalistas, pues en los tiempos de hambre era el Egipto á donde recurrían las naciones vecinas.

El modo con que José recibe á sus hermanos; los regalos que le ofrecen; la manera con que les hace comer aparte; los reproches que les dirige tratándoles de espías (1); la copa de que había usado José, según afirmaban sus criados, para adivinar lo futuro (2); la acogida que el rey *semita* Hicksos hace al *semita* nómada Jacob, que se refugia en sus tierras, y esto á pesar del horror con que los egipcios trataban á los pastores (3); la administración de los graneros

(1) En la *estela* del rey *Horsiatef*, es cuestión de cincuenta espías enviados á un país enemigo.
(2) No se puede deducir del texto sagrado que José hizo sortilegios. *Div. Tom.*, Summa Theol., 2.ª 2.ª q. 195, art. 7.
(3) Gén., XLVI, 34.

Siempre ha sido el Egipto país de hechicerías. Refiere el sabio Lane maravillas del *Espejo de tinta* con que adivinan los modernos egipcios. Sirve éste para el mismo uso que la *copa* de José, y consiste en un papel que tiene una mancha de tinta en medio de las nueve cifras dispuestas así:

4	9	2
3	5	7
8	1	6

Mirando en la mancha de tinta, el adivino ve aparecer, en su negra superficie, todo cuanto le piden. Un inglés, según nos refiere él mismo, solicitó que un adivino viera al almirante Nelson, del cual de seguro nunca había oido hablar. El

egipcios por un intendente superior (1); la gran abundancia y el hambre que se sucedieron, hecho que ha pasado varias veces en la historia de aquel país (2); la traslación al Faraón de la propiedad de todas las tierras del Egipto, *traslación que los papiros indican sin decir cómo se hizo,* son hechos de que se hallan pruebas casi palpables en los monumentos, papiros y pinturas al fresco (3).

§ VI.

Embalsamamiento del patriarca Jacob

Moisés, después de haber resumido á grandes rasgos la administración de José en Egipto, cuenta la muerte de Jacob y añade que José «*mandó á los médicos que tenía á su servicio embalsamar el cuerpo; los cuales, en cumplimiento de lo mandado, gastaron cuarenta días: que tal era*

hechicero echó una mirada sobre la mancha de tinta, y dijo sin pestañear: «Distingo un buque, y en él un hombre que viste un traje europeo, negro, y que no tiene el brazo izquierdo.» Efectivamente le faltaba un brazo al ilustre almirante, pero era el derecho.—Véase *Ebers*, Egipto, t. II, pág. 70.

(1) Las inscripciones jeroglíficas nos dan los nombres de varios jefes de los graneros públicos: Chemneeht, Chaemba, Mentothept, etc.

(2) En tiempo del Kalifa El-Mustansir-Billah hubo también un hambre que duró siete años, de 1064 á 1071.

(3) *Chabas*, Recherches pour servir à l'histoire de la XIX^a^ dynastie, pág. 75.

la costumbre en embalsamar los cadáveres; y lloróle Egipto setenta días (1).»

Estas palabras resumen todas las costumbres de los egipcios en el duelo de los grandes personajes, y gracias á los descubrimientos egiptológicos podemos imaginarnos cómo fué embalsamado Jacob.

Su cuerpo fué desnudado, limpiado y extendido en el suelo; un cirujano clavó en su nariz un instrumento de hierro con el cual rompió los tabiques del cerebro para sacar los sesos que fueron reemplazados por alquitrán líquido muy puro, que, con el tiempo, había de solidificarse. Las entrañas, el hígado y el corazón, fueron extraidos por una hendidura practicada con un *silex* en el costado izquierdo del cadáver; lavaron las cavidades intestinales con vino de palma y las llenaron de perfumes y aromas (2).

Concluidas estas operaciones preliminares empleáronse en hacer el duelo los cuarenta días de que habla Moisés, mientras el cuerpo se empapaba en *natrón* líquido, para que se volviese incorruptible en esta especie de salmuera. Al sacar el cadáver de semejante baño, quedaba convertido en un esqueleto cubierto de una piel amarillenta, conservando sus facciones á pesar de que las mejillas quedarían un poco más flacas y los labios encogidos. Entonces empezaron á amor-

(1) *Génesis*, capít. L, 2, 3.

(2) Véase más detalles en *Maspero*: Lectures historiques, págs. 133-139.

tajar al Patriarca: fué ceñido su cuerpo por gran cantidad de pequeñas cintas (1) y metido en un doble ó triple ataud.

Después de los setenta días de luto fijados por los rituales cuando se trataba de las exequias de un gran personaje, el cuerpo de Jacob fué llevado á Palestina y sepultado en Hebrón en la cueva doble del campo de Ephrón. Esta cueva contenía seguramente los cuerpos de los patriarcas en el tiempo de Nuestro Señor Jesucristo, y el historiador Josefo habla de sus féretros de mármol blanco (2), los cuales existen aún, según varios sabios viajeros; mas los musulmanes no han permitido nunca penetrar en esta cueva guardada cuidadosamente en la ciudadela de *El Kalil*, el antiguo Hebrón (3).

---

(1) El egiptólogo *Mariette* ha medrado la largura de las cintillas reunidas de una sola momia, y ha hallado que estaba rodeada de *cinco mil metros*.

(2) *Josefo*, Antig., I, XIV.

(3) «Il est non-seulement possible, mais très probable, dit M. Porter (*Handbook for Syria and Palestine*, 1875, p. 105) que les restes des patriarches, spécialement le corps de Jacob embaumé à la manière égyptienne, sont encore dans leurs tombeaux... Peut-être le jour n'est pas éloigné où le mystère sera éclairci.» Voir aussi E. H. Palmer, (*The desert of the Exodus*, 1871, T. II, p. 397).

Les corps momifiés à la manière égyptienne sont si bien conservés que si l'on en fait macérer une partie dans l'eau chaude, elle reprend l'apparence naturelle de la chair et se putréfie ensuite quand on l'expose à l'action de l'air. (*J. N. Hoare*, Religion of the ancient Egyptians, dans le *Nineteenth Century*, Décembre 1878, p. 1119.» *Vigouroux*, ibid. t. I, pág. 516, nota.

José tenía cerca de cincuenta y seis años cuando murió su padre: cincuenta y cuatro años más tarde, falleció él, á la edad de ciento diez. Su cuerpo fué embalsamado según la costumbre egipcíaca, y tres siglos después fué trasladado á Sichem en la *tierra de promisión*.

Gracias á los descubrimientos egiptológicos, los enemigos de los Libros Sagrados no se atreven ya á impugnar la historia de José como lo hicieron sus antecesores Bohlen, Tuch y sus discípulos: los adelantos de esta ciencia les han dado los más rudos mentís, viéndose muchos de ellos obligados á acudir á hipótesis tan inaceptables como el suponer que los autores (1) del Pentateuco hubieron de ser arqueólogos y egiptólogos de tan gran sabiduría que no cometieron error alguno con respeto al Egipto, aunque, según ellos, escribieron varios siglos después del Exodo (2). Todo hombre de buena fe ha de reconocer que nosotros los católicos estamos en lo cierto atribuyendo á Moisés, con nuestras venerandas tradiciones, la composición del Pentateuco, con lo cual damos la explicación más cumplida y más aceptable del carácter perfectamente egipcíaco de la historia de José.

---

(1) Toda la escuela racionalista afirma que el Pentateuco es obra de varios autores.

(2) Del siglo nono al quinto ántes de Jesucristo.

007798